

ras competentes, apareció en el pasado mes la anunciada novela de Armando Palacio, titulada *La Fe*. Como no ha de tardarse en decir, cuando cierto vulgo letrado empiece á enterarse de algunas *novedades*, ya viejas, que la tendencia espiritual que se nota en el arte literario español obedece á una imitación más de lo que pasa en París, bueno es ir curándose en salud, haciendo ver, por ejemplo, que Galdós, con su *Angel Guerra*; Balart, con sus poesías de noble sentimiento religioso, y Armando Palacio, con *La Fe*, si acentúan esa propensión que en cierto sentido podría llamarse religiosa, y aun cristiana, en muy lata acepción de la palabra, lo hacen con absoluta espontaneidad, por motivos hondos, de las entrañas de su inspiración, obedeciendo al desenvolvimiento natural del propio espíritu y bien lejos de pensar en lo que pueda por fuera suceder, tal vez ignorando, á lo menos en el pormenor, lo que sucede. Así como el buen realismo español, no el amanerado y sectario, no el de autores vulgares incapaces, en rigor, de seguir más criterio que el de la *moda*, siempre fué original, y casi podría decirse ignorante, respecto de sus coincidencias con extranjeras literaturas; así como nadie puede sospechar que Pereda imitara á ningún francés, del propio modo ahora se inicia naturalmente una tendencia, que no es una contradicción, sino un complemento, un paso más,

bueno hoy, *más arte, otra* oportunidad, sin que los escritores españoles que por vocación interior, por motivo de su *historia propia* la siguen, necesiten copiar análogas manifestaciones de franceses, ingleses ó rusos, las cuales obedecerán también á causas semejantes, pero sin perjuicio de la independencia ideal de todos. Así como es absurdo atribuir, á lo menos exclusivamente, tal movimiento de la filosofía y la literatura francesas en sentido que puede llamarse más idealista á la influencia de tres ó cuatro novelistas rusos, también sería irracional quitar valor propio á las tentativas de reacción espiritual, en cierto sentido religioso, que van apareciendo en el arte español literario en sus más recientes manifestaciones.

Armando Palacio, que es de quien hoy se trata, no necesita por ahora sincerarse, demostrar la originalidad de su actual manera de tratar el arte en su relación con las más altas ideas; y no lo necesita, primero, porque en muchos libros anteriores á *La Fe*, en *Maximina*, por ejemplo, hay ya rasgos que muestran la poética inclinación del alma del autor á la idealidad profunda, á la contemplación á su modo religiosa; y además, no lo necesita porque gran parte de los lectores harán con *La Fe* lo que han hecho ciertos críticos, no menos vulgo que el vulgo raso: tomar á mala parte el capital interés de la novela, viendo en ella un *cuadro som-*

*brío*, un eco más del *pesimismo*, algo siniestro, un acto de pública desesperación... y hasta una obra impía, como tengo entendido que ha dicho *La Época* (1). ¡Novela impía *La Fe!* ¡Novela siniestra, sombría, pesimista!... Es uno de los pocos libros españoles que, hablando del amor divino, llegan al alma. Hablo de libros contemporáneos. Aun entre los antiguos abundan, sobre todo los que tienen más luz que fuego. Sólo un alma sinceramente religiosa—sea la que quiera la solución precaria que su *subjetivismo* dé al problema actual religioso, intelectualmente—sólo un alma que vive de la esencia de la religiosidad, sabe hacer asunto del corazón lo que tantos y tantos hombres han hecho en el mundo asunto de fanatismo, de miedo, de ignorancia, de egoísmo, de orgullo y hasta de comercio.

¡Qué miserable tiempo, qué triste tierra la tierra y el tiempo en que se puede decir, sin que sea escándalo, que es impío un libro como *La Fe* y que es piadosa una política como la de Pidal!

Hay en España escritores y escritoras que aunque llenen volúmenes hablando de piedad, de *documentos* religiosos, no hacen *sentir* la religión ni un instante; hablan de esto como del bien del país los políticos *abstractos*, que tienen en un *pro-*

(1) Sí, lo ha dicho *La Época*; y lo ha dicho el P. Blanco García en un abultado libelo infamatorio que él llama *Historia*.

*grama* la felicidad de la patria. La España actual no sólo no es un país religioso, sino que es un país donde toda gran idealidad se convierte en abstracción, donde todas las grandezas espirituales se cristalizan en el hielo de fórmulas oficiales, académicas, eclesiásticas, según los casos. *La Fe* de Armando Palacio es una novela que parece escrita por un extranjero. Esto, en el sentido en que lo digo, es un elogio. Es *La Fe* algo nuevo por completo en España. El mismo Galdós, que tantas veces trató de asuntos religiosos en sus obras, no ha ido nunca por este camino; ni aun en *Angel Guerra*, donde el análisis de un espíritu llevado á los ensueños ideales por un amor puro y noble nos acerca á la poesía de los más elevados sentimientos. El P. Gil, de Palacio, pasando de la *fe* hereditaria y sugerida por la educación, á la duda y hasta al escepticismo relativo deliberados y reflexivos, y después llegando á la fe nueva, original, *suya*, *inefable*, incomunicable, *musical*, poética, es una figura interesantísima, en absoluto nueva en la literatura española. Son pocos los autores castellanos que hacen sentir al tratar materias ideales como se siente cuando se trata bien de amores humanos, de las pasiones mundanales. Armando Palacio ha conseguido, gracias á lo que lleva en el alma, interesarnos vivamente con lo que á otros les serviría para un

libro técnico, para una disertación académica. Cuando el P. Gil piensa en Kant y en Humboldt, en el positivismo, en el panteísmo, en el materialismo, el *drama* de sus ideas y de su corazón nos interesa más todavía que las tormentas que alrededor suyo se desatan sobre la mísera superficie de las cosas mundanas. ¡Y con qué arte ha sabido el *poeta* pensador llevarnos al momento supremo en que al P. Gil le asiste la *fe definitiva*, la ganada con la sangre y las lágrimas de su pensamiento, justamente en la hora misma en que sus *negocios* empeoran, en que su perdición *ante los hombres* es inevitable!

El P. Gil, recobrada la fe, entra en la cárcel con una aureola. La suprema alegría se ha apoderado de su espíritu, y ya es inútil que la necedad humana acumule sobre el cuerpo del sacerdote ignominia, calumnias, insultos. El *creyente* se deja medir el cráneo, las extremidades, por los antropólogos del distrito, por los Garófalos y Lombrosos del pueblo: resulta un *fetichista del amor*, como le llamaría Binet... y él no se queja ni protesta; no hace más que gozar de la salvación de su espíritu. Yo, en el caso de cierta ilustre escritora, encontraría todo esto más inverosímil, más *astral* que las zapatillas bordadas de un aristócrata de novela que tanto le dieron que hacer en ocasión no lejana.

Pronostico á Armando Palacio que cuanto más avance por el camino que ahora sigue, menos lectores le entenderán de veras. Aun de los críticos que quieran halagarle, oirá cosas peregrinas. Pero estoy seguro de que él estará cada vez más satisfecho de sí mismo, no por el resultado aleatorio de *su obra*, sino por el progreso y depuración de sus facultades.

En otra parte, porque aquí ya no hay sitio para ello, examinaré *La Fe* detenidamente, refiriéndome á los méritos secundarios y á los pocos notables defectos

Mas antes de pasar á otro asunto, quiero tomar en cuenta cierta censura dirigida al pensamiento capital de la novela de Palacio Valdés por un crítico cuyas palabras merecen atención, aún más que por ser suyas, por el lugar donde habla.

Un Sr. Villegas, encargado de la revista literaria en *La España Moderna*, funda la objeción principal que opone á la idea que engendró *La Fe*, en este argumento: «la fe es una cosa que, como la inocencia, una vez perdida, no se recobra (1).» Estas, ó semejantes palabras, son las del Sr. Villegas; de seguro su pensamiento es éste: que el creyente que pierde la fe, no puede volver

(1) En Goethe hay una afirmación que puede parecer semejante á esta, pero tiene un sentido muy diferente.

á creer. Aunque estoy poco fuerte en teología dogmática, casi me atrevo á afirmar que esa proposición es herética, y lo que aseguro por mi cuenta es que es disparatada y contraria á lo que nos enseñan la historia y la observación, y la experiencia también y á cada paso. Si la Iglesia participase de la opinión del Sr. Villegas, no correría tras las ovejas descarriadas que salen del aprisco por falta de creencias; no procuraría llamar á sí con gran eficacia á los que nacieron en su seno, en él se criaron y llegaron á hombres, separándose después por dudas ó negaciones terminantes. Entre los miles de ejemplos que pudieran presentarse al Sr. Villegas para demostrarle con hechos que está en un error, basta citar uno de los más elocuentes, por referirse á uno de los cristianos más ilustres. ¿No ha leído el Sr. Villegas *Las Confesiones*, de San Agustín?—Aurelio Agustino, aunque hijo de padre pagano, que no recibió el bautismo hasta poco tiempo antes de morir, tuvo por madre á Mónica, cristiana y santa, y ella le educó en la fe de Cristo, en la que vivió hasta que se la arrancaron poco á poco sugestiones de la pasión, de la vida desarreglada; San Agustín en los *salones* de Roma, como si dijéramos, llegó á burlarse de las reliquias de los santos, y sus cavilaciones de descreído le arrastraron hasta los errores de los maniqueos. Mas luego en Milán, donde profesó la

elocuencia el futuro obispo de Hippona, *volvió á la fe católica*, gracias en gran parte á las predicaciones de San Ambrosio, y fué bautizado en 387. Todo esto lo sabe el Sr. Villegas, porque lo sabe cualquiera, y sin duda lo tenía olvidado, de puro sabido, al afirmar que la fe no se recobra.

Pero sin ir tan lejos, ni concretándonos á una *religión positiva* (como se llama impropriamente á cierta clase de fe, con perjuicio de otra no menos positiva), en los tiempos actuales puede observar el crítico de *La España Moderna* el gran movimiento religioso, idealista, metafísico (que de todas estas maneras puede llamarse, según como se mire), en que multitud de espíritus criados en la fe de una ú otra confesión, y que la olvidaron por completo para caer en el escepticismo, ó para entregarse al criticismo, ó al positivismo, ó al materialismo, vuelven desengañados á buscar apoyo moral en la idealidad religiosa, suspirando todos por una creencia (lo cual es ya casi casi un modo de creer) y no pocos de ellos arribando, en efecto y por su ventura, á una esperanza de orden trascendental, divino, que es una fe tan pura como cualquiera.

Si la rotunda afirmación del Sr. Villegas fuera cierta, venía á tierra el pensamiento que sirve de quicio á la novela de Armando Palacio; por eso me he detenido á combatir tan desconsolador

aserto, no por mortificar al crítico de *La España Moderna*, ni menos con el propósito de discutir en tan pocas palabras una cuestión que tan graves resultados traería, de resolverse en el sentido desesperado á que se inclina ese caballero. Quien se ha equivocado, á mi juicio, en esto, como al citar unas palabras de Virgilio, el cual, si bien no llegó á ver la luz de la fe cristiana, fué digno de que Dante le tomase por guía; y no lo hubiera sido si hubiese ignorado, como el Sr. Villegas supone, que *per* no es preposición de ablativo, y que, por consiguiente, no cabe decir *per gurgite vasto*, como dice el Sr. Villegas en el mismo artículo en que habla de *La Fe* con cierta ligereza.

Hay señores, generalmente ya *gallos*, que siempre visten bien, son elegantes, sin someterse á los rigores y extremos de la moda, conservando con cierta nostalgia indumentaria algunos rasgos y desahogos del antiguo modo de llevar la ropa, pero sin terquedad, sin exageraciones arcaicas tampoco; eclécticos del paño, en suma, verdaderos oportunistas del traje, que nunca son el último figurín, pero siempre figuran ventajosamente entre las personas de buen ver.

El Sr. Castro y Serrano es un elegante de las letras, *gallo* ya también, que aplica análogo crite-

rio al citado, cuando escribe; y por eso, á mi entender, aunque no sean éstos los tiempos de mayor esplendor para su fama, lejos de estar anticuado, arrinconado, *decadente*, como dicen con fruición los jóvenes impacientes, que además de *fogosos* son malas personas; lejos de estar *mandado retirar*, como también se dice de modo bárbaro y grosero, alterna sin desdoro con lo más nuevecito. Sus *Historias vulgares*, especialidad suya, que tiene, en efecto, un corte original, singular, que le hace merecer un nombre genérico (aunque parezca contradicción); esas novelas cortas, que se diría que están escritas en *doble* prosa, prosa por el lenguaje y prosa por el asunto, pero muchas veces con la íntima *poesía* que hay en la prosa del *verbo* y en la *prosa* de la vida ordinaria; esas historias vulgares, digo, nunca fueron obras que dieran el tono á la literatura de una actualidad; pero hoy, como hace años, honran á nuestras letras, se leen con sumo agrado y representan un elemento no despreciable de la producción artística española.

Castro y Serrano, en estas *historias*, siempre ha sido realista, sin necesidad de llamárselo; sin imitar á nadie, sin teorías importadas, ha cultivado, de muy atrás, una especie de filosofía casera que no deja de tener su solidez, á lo menos cuando no extrema los ataques á ciertas novedades

poco estudiadas por el prudente y concienzudo pensador... de tejas abajo.

Así como á los egipcios de antaño toda su vida les servía para el resultado final de un juicio, el de los muertos, á todo escritor sus obras y sus actos le van haciendo una opinión, una cuenta corriente con el público, que da por resultado un balance de simpatía ó antipatía; hay autores que al fin y al cabo son antipáticos, aunque tengan tales y cuales méritos. Castro y Serrano, que habrá padecido lamentables equivocaciones, como cualquiera; que tal vez en ciertas *psicologías* peca de vulgar y hasta de retrógrado, es, en general, uno de los escritores que en resumidas cuentas *resultan* simpáticos. No creo que tenga enemigos entre los académicos ni entre los *modernistas*; puede ser íntimo amigo de Cánovas aun en literatura, sin que nadie se lo eche en cara; hay cierta prudencia, cierto tacto, cierto justo medio en el Sr. Castro y Serrano; hay cierta *holgura* de ideas que le hacen parecer bien en todas partes, sin que por eso peque de anodino, de inofensivo, en la mala acepción de la palabra.

*La serpiente enroscada* y *El reloj de arena* son dos novelas, aunque el autor no quiera llamarlas así, que se leen con interés y cierta delicia tranquila; vale más la primera que la segunda, porque tiene verdadera unidad y más vigor en la expre-

sión del carácter que le sirve de asunto; *El reloj de arena* comienza con gran interés y después todo se precipita y casi casi podría decirse que todo se disipa. Pero en uno y otro estudio, *historia* ó lo que quiera el autor, hay gracia, elegancia, estilo, conocimiento del mundo, del demonio y de la carne; sabiduría *tripartita* que es necesario que posea el que pretenda escribir novelas *realistas*.